

## Kazajistán bajo los tanques rusos

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

La entrada de las tropas rusas en Kazajistán nos da una buena idea del cariz que están tomando las revueltas en esa nación del centro de Asia. Varios días de protestas en las calles de sus principales ciudades contra la fuerte subida del coste del gas licuado, al haberse puesto fin a los precios tasados, han hecho que el presidente de la república, Tokáyev, haya tenido que destituir al gobierno, lo que no ha aplacado a los manifestantes. Consiguientemente, ya hay varias decenas de muertos y mil heridos, al punto que las autoridades kazajas hablan de incidentes provocados por terroristas. Una denominación que lo único que busca es justificar la violencia de las fuerzas de seguridad del Estado. Es cierto que las protestas no han sido pacíficas y se han incendiado numerosos edificios públicos, pero en absoluto estamos ante una banda terrorista, sino ante el hartazgo de unas gentes que llevan años padeciendo penalidades y corrupción. De modo que el alza de ese combustible ha constituido la punta del iceberg. Curiosamente, Kazajistán alberga en su territorio ricos yacimientos de petróleo, gas y minerales tan codiciados como el uranio. Y, pese a que Tokáyev ha restablecido los precios, el movimiento no ha cesado, algo que nos indica la dimensión de este malestar.

Mismamente, los disturbios han puesto en el punto de mira al propio sistema político corrupto que, cuando menos, se remonta a los tiempos del ex presidente Nazarbáyev, quien estuvo en el poder durante años (1990-2019), maneándolo con mano de hierro, y que aún hoy en día, desde sus distintos cargos, sigue manteniendo su influencia y sus privilegios. Como en otras ex repúblicas soviéticas, un sector de la población está harta de la falta de libertades y de la consolidación de un auténtico sistema democrático. No en vano, en la famosa clasificación establecida por la ONG norteamericana Freedom House entre países libres, parcialmente libres y no libres, Kazajistán lleva en esta categoría desde hace años.

Ahora bien, la crisis de Kazajistán tiene una vertiente internacional innegable. La llegada del Ejército ruso está siendo comparada por algunos analistas con lo sucedido en Ucrania hace unos años. En verdad, no tiene nada que ver. Allí se dio un auténtico golpe de Estado apoyado por Washington, además de un enfrentamiento de carácter étnico con los rusófonos del Donbás. Este escenario provocó la anexión de Crimea y la guerra larvada que aún se desarrolla en esa zona. En el conflicto que nos ocupa Kazajistán ha solicitado directamente la intervención de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, un acuerdo político-militar firmado en 1992 y formado por Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Rusia y Tayikistán. Esta llamada de auxilio ha originado la llegada de los carros de combate de la alianza. Personalmente, me recuerda, y con matices, a lo sucedido en Hungría en 1956 y en Praga en 1968. Y digo con matices porque en ambos casos los acontecimientos se desarrollaron de forma diferente. Mientras en Hungría, los comunistas locales apelaron al Ejército Rojo para terminar con las ansias de libertad y transformación, en Checoslovaquia fue en Moscú donde se decidió que actuaran los uniformados del Pacto de Varsovia. De esta forma el comunismo de rostro humano fue pisoteado por los tanques.

Incluso, hay que considerar la vertiente geoestratégica de este affaire. Kazajistán es el noveno estado mayor del mundo, convirtiéndose en un actor fundamental en el epicentro de Eurasia. Asimismo, hay que tener en cuenta que tiene fronteras con dos superpotencias como son Rusia y China, a las que se dirige casi un veinticinco por ciento de sus exportaciones y de las que recibe más de la mitad de sus importaciones. Razones primordiales para que ni a Moscú ni a Pekín les convenga una desestabilización de Kazajistán. Menos aún a Moscú, que tiene en Astaná (Nur-Sultán) un aliado fiel. En un momento de fuerte presión internacional en torno a Bielorrusia y Ucrania, el Kremlin busca acabar con esta revuelta cuanto antes. Sobre todo, por los recelos internacionales que su intervención militar pueda despertar. Aunque a

Washington tampoco le conviene un Kazajistán convulso, puesto que las inversiones estadounidenses (de Chevron y Exxon, especialmente) en la industria petrolera kazaja no son desdeñables. Otro tanto se podría decir de Turquía, muy sensible a cuanto sucede a los miembros del Consejo de Cooperación de los Estados de Habla Túrquica, del que forma parte Kazajistán. Por último, no podemos olvidar el peligro latente de un islamismo radical constantemente al quite. Recordemos que esa amenaza en el cercano Cáucaso está siempre ahí, con su correspondiente rama del Estado Islámico desde 2015. Lo hemos visto en Chechenia, Ingusetia, Daguestán, etc., de suerte que cualquier resquicio de inestabilidad política podría ser aprovechado por algún grupo terrorista de corte islamista.

Así las cosas, con el aplastamiento de la rebelión la hipótesis en la que podemos pensar es que el régimen kazajo opte nuevamente por las vías autoritarias, siguiendo el camino de Bielorrusia, por ejemplo. De esta forma, las circunstancias parecen indicar que la senda democratizadora tendrá serias dificultades para abrirse paso en esta región tan convulsa del mundo.

7 de enero de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de enero de 2022, p. 21